



EX LIBRIS



Emilce Moler

La larga
NOCHE DE LOS LÁPICES

RELATOS DE UNA SOBREVIVIENTE

Prólogo de Martín Granovsky





Moler, Emilce

La larga Noche de los Lápices / Emilce Moler ; prólogo de Martín Granovsky. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Marea, 2020.

240 p. ; 20 x 14 cm. - (Historia urgente / 80)

ISBN 978-987-8303-29-1

1. Literatura testimonial. 2. Militancia Política. 3. Derechos Humanos Colectivos. I. Granovsky, Martín, prolog. II.

Título.

CDD 320.0982

Edición: Ariel Hendler

Corrección: Brenda Wainer

Diseño de tapa e interiores: Hugo Pérez

Coordinación: Ana María Makar y Víctor Sabanes

Imágenes de tapa y contratapa: Detalles del diario de Emilce Moler escrito durante su prisión en la cárcel de Villa Devoto.

©2020 Emilce Moler

©2020 Editorial Marea SRL

Pasaje Rivarola 115 – Ciudad de Buenos Aires – Argentina

Tel.: (5411) 4371-1511

marea@editorialmarea.com.ar

www.editorialmarea.com.ar

ISBN 978-987-8303-29-1

Depositado de acuerdo con la Ley 11.723. Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento sin permiso escrito de la editorial.

Impreso en Argentina – *Printed in Argentina.*

PRÓLOGO

Los buñuelos de Emilce

Este libro es único.
Este libro es único porque Emilce es única.

“¿Qué es militar?”, le preguntó una chica de la Unión de Estudiantes Secundarios de Rosario. “Es no dormir la siesta”, le dijo Emilce.

Son pocas las sobrevivientes que, después de relatar una y otra vez ante la Justicia el horror, terminaron escribiendo su propia historia de vida. Es decir, no solo lo que percibieron a través de sus sentidos, como les piden los jueces a los testigos, sino también lo que sintieron después. Y cómo ven ahora la película de su existencia.

Cuando la policía de Ramón Camps la secuestró en 1976, a sus diecisiete años, Emilce Moler ya era una persona con características bien definidas. Una militante abnegada, para usar un adjetivo que ella misma se dedica, integrante de la Unión de Estudiantes Secundarios. La torturaron represores que dice haberse representado como muñecos de plastilina, sin cara, sin nombre y sin voz. Ponían *Zamba para olvidar* por Daniel Toro. Fue detenida-desaparecida,

luego presa, después liberada y al fin absuelta. A los veintiséis años, cuando Pablo Díaz, otro de los secuestrados de La Plata, declaró en el Juicio a las Juntas de 1985, Emilce pasó a ser un personaje. Se convirtió en una sobreviviente de la “Noche de los Lápices”, como empezó a conocerse a principios de la democracia el secuestro de diez adolescentes en La Plata. Supuestamente los unificaba la lucha por el boleto estudiantil.

Hay gente que sueña con ser un personaje. Ella no. Lo suyo es ser sin pretender. Simplemente, el personaje le cayó encima. “Soy parte de esos relatos, de esas memorias, de esos silencios, de esos olvidos, de esas presencias y voces que permiten año a año reconstruir ese pasado”, escribe. ¿Cómo hace alguien para recuperar públicamente aquella persona que siente haber sido? ¿Cómo conseguirlo cuando, encima, el cuento que a su pesar protagoniza es querible y hasta didáctico? ¿Cómo logra pelear por su identidad originaria cuando esa identidad no le fue robada por los secuestradores sino por una construcción edificada en democracia? ¿Cuánto tiene que luchar contra sí misma una persona tan pudorosa? “Yo pasaba desapercibida esos días entre los pabellones, o por lo menos así lo sentía yo”, cuenta sobre la cárcel de Villa Devoto. “No protagonicé rebeliones heroicas, ni acciones singulares, ni sucesos que fueran a pasar a la historia; solo trataba de transitar mis días, y eso solo ya me costaba bastante”.

Emilce es cero alharaca. Hasta en Devoto le encontró la vuelta nada menos que a la prisión de la

dictadura. Escribía letras de canciones, dibujaba sombreando, transcribía cartas, usaba recetas de buñuelos de banana para cifrar un teléfono según la cantidad de cada ingrediente. Un dato: escribir fue siempre su espacio de libertad.

Lo feo es feo. Emilce no romantiza el sufrimiento. La menstruación en la celda era algo asqueroso; la falta de intimidad, insoportable. “Cumplí mis dieciocho y mis diecinueve años en la cárcel, un lugar de resistencia, un lugar horrible para cumplir años. De eso no me voy a olvidar, eso no se me va a mezclar”, asegura.

El libro es la historia de una gran inteligencia práctica. “No tenés ni idea de lo que es la tortura”, le dijo su padre, comisario inspector retirado en 1973. “Hablar bajo tortura no sirve de nada”, agregó. Ella dice, ahora: “Nunca juzgué a nadie, pero qué tranquilidad me dio mi silencio”. También aprendió de su padre a hacer las cosas que le daban placer hacer. Y también del tío Carlitos, que para estar bien solo necesitaba tomar mate, leer y escuchar música clásica.

La Noche de los Lápices le quitó libertad. “Leía las páginas y hablaban de mí, pero sin ser yo a la que describían”, apunta. Y coloca un reproche que en la proporcionalidad de Emilce (por algo terminó siendo matemática) debe ser leído como un reclamo a gritos: su problema hace treinta y cinco años no era “nada que no se pudiera solucionar con una charla profunda conmigo, que nadie se tomó el tiempo de tener”.

Tengo la sensación de que este libro es esa charla que había quedado pendiente. Como nadie se la ofreció

cuando era necesaria, ella resolvió tenerla consigo misma. Y por suerte, en este libro la comparte con nosotros.

Gracias, Emilce querida. Son dulces tus buñuelos. Saben a libertad.

MARTÍN GRANOVSKY



INTRODUCCIÓN

Hace muchos años que, en cada aniversario de la Noche de los Lápices, releo mis propias palabras, ideas y consignas de años anteriores. Reviso textos que me devuelven imágenes de encuentros, plazas repletas de jóvenes, banderas, abrazos, emociones, cantos, lágrimas, tristezas, voces entrecortadas de emoción, risas y esperanzas compartidas. Y ante distintos micrófonos, cuento mi historia:

En la madrugada del 17 de septiembre de 1976, hombres armados y encapuchados que se identificaron como del Ejército Argentino me secuestraron de la casa de mis padres; fue la llamada “Noche de los Lápices”. Yo tenía diecisiete años, era estudiante de quinto año del Bachillerato de Bellas Artes de la ciudad de La Plata y militante de la Unión de Estudiantes Secundario (UES).

Esa noche y otras más de ese mes, diez estudiantes de colegios secundarios fuimos arrancados de nuestros hogares por las Fuerzas Armadas. Seis de ellos continúan desaparecidos: Claudia Falcone, María Clara Ciocchini, Claudio de Acha, Francisco

López Muntaner, Daniel Racero y Horacio Ungaro. Otros fuimos liberados luego de años de detención en centros clandestinos y cárceles: Gustavo Calotti, Pablo Díaz, Patricia Miranda y yo, Emilce Moler. Casi todos teníamos militancia política, la mayoría en la UES, y un año antes, en la primavera de 1975, habíamos participado en una marcha para pedir por el Boleto Estudiantil Secundario, entre muchísimas otras actividades políticas. Más tarde, en 1976, ya bajo la dictadura, seguimos militando y organizamos algunos actos de oposición.

Estuve detenida-desaparecida en tres centros clandestinos de detención: el Pozo de Arana, el Pozo de Quilmes y la Comisaría de Valentín Alsina, en Lanús, en los que sufrí distintos vejámenes; hasta que en enero de 1977 entré como presa legal a la cárcel de Villa Devoto, de la que salí a los diecinueve años con régimen de libertad vigilada. No me dejaron volver a mi ciudad natal porque me consideraban demasiado peligrosa e irrecuperable para la sociedad, así que quedé bajo el cuidado de mis padres en Mar del Plata, adonde ellos se habían trasladado para empezar una nueva vida.

Rendí libre quinto año del secundario y me recibí en diciembre de 1978, pero no tenía permitido ir a la universidad. Por suerte, pude convencer a mi custodia de que me dejaran estudiar, y en febrero de 1979 di el examen de ingreso a la carrera de Matemática en la Universidad Nacional de Mar del Plata: entré con la mejor nota. Poco después, el 25 de mayo de 1979, recobré mi libertad plena. Tenía veinte años.

A partir del desastre de la guerra de Malvinas, cuando la dictadura empezó a resquebrajarse y se abrió una posibilidad impensada de reconstrucción de la democracia, comencé a participar de peñas y reuniones en vistas a rearmar los centros de estudiantes. A pesar de que era muy peligroso también me veía con Fernando, mi novio de siempre: a él le habían asesinado a su hermano y su situación era muy complicada. Nos casamos en febrero de 1982. En febrero de 1983 me recibí de profesora universitaria de Matemática, y en septiembre de ese año nació nuestra primera hija, Mariana, en 1986 llegó Pilar y cuatro años más tarde, en 1990, Joaquín.

Me dediqué a enseñar matemática y computación en distintos niveles. En forma paralela ayudé a crear el centro de graduados de Ciencias Exactas y el gremio docente universitario. También participé desde Mar del Plata en la conformación de distintos organismos de derechos humanos. Atenta a la evolución de la democracia, les contaba sólo a los más allegados que yo había sido una desaparecida y presa más de la dictadura. Cuando llegaron los juicios a los militares, conforme todo el país se iba enterando de los crímenes aberrantes cometidos durante la dictadura, también empezó a ganar notoriedad el secuestro de adolescentes en la ciudad de La Plata.

La primera vez que se escuchó hablar de mi secuestro y el de mis compañeros fue en 1985 durante el Juicio a las Juntas Militares, en el que fueron condenados a prisión perpetua Jorge Rafael Videla y Emilio

Massera, mientras que otros acusados recibieron penas menores e incluso la absolución. Mi padre y yo testimoniamos un año más tarde, en 1986, cuando la Cámara Federal condenó a los principales genocidas de la Policía Bonaerense, como el general Ramón Camps –quizás el máximo responsable de la Noche de los Lápices–, el comisario Miguel Etchecolatz y el médico policial Jorge Bergés, entre otros. Fueron unas pocas preguntas y respuestas, pero contundentes.

Desavenencias y desencuentros con los autores del libro que consolidó e hizo conocida la historia de la “Noche de los Lápices” hicieron que mi nombre no fuera mencionado en la película basada en el mismo. Si bien la versión del libro y la película no me representaba enteramente, sobre todo por la descripción que se hace de nosotros, la memoria de mis compañeros desaparecidos y la necesidad de que la sociedad conociera lo que había pasado pudieron más; así que poco a poco me fui apropiando de esa historia, que también es la mía, y encontré mis propias formas de narrarla.

Como escribió la historiadora Sandra Raggio: “La Noche de los Lápices no fue algo que sucedió, sino una trama narrativa conformada por una serie de episodios seleccionados y enlazados entre sí para construir una interpretación sobre el pasado del que se pretendía dar cuenta (una serie de secuestros en un lapso preciso, un grupo de víctimas con características comunes –edad, situación educativa, lugar de residencia, historia previa– y un mismo móvil represivo). Es decir, un modo de narrar determinados

hechos, reunidos bajo un nombre que los singulariza en acontecimiento. Ya en el nombre está inscripta la trama. ‘La noche’, además de ser una metáfora muy usada para hablar del período de la dictadura, refiere a una en particular: la del 16 de septiembre. Los ‘lápices’ aluden a los protagonistas, las víctimas: todos ellos, estudiantes secundarios”.¹

Lamentablemente, las leyes de Punto Final, en 1986, y de Obediencia Debida, en 1987, permitieron que varios de los represores condenados salieran en libertad, y en 1990 fueron indultados los principales responsables, que aún permanecían en prisión; Camps entre ellos. Fue un período devastador. Convencida de que nada bueno se podía construir en nuestro país en base a la impunidad, siempre seguí de cerca los avances y retrocesos en los procesos legales a los responsables del terrorismo de Estado.

Sin embargo, gracias al tesón de los organismos de Derecho Humanos en bregar por memoria, verdad y justicia, se conformaron los Juicios por la Verdad.²

1 Sandra Raggio: *Memorias de la Noche de los Lápices. Tensiones, variaciones y conflictos en los modos de narrar el pasado reciente*. La Plata: Universidad Nacional de La Plata; Posadas: Universidad Nacional de Misiones y Los Polvorines: Universidad Nacional de General Sarmiento, 2017.

2 El 21 de abril de 1998 la Cámara Federal de Apelaciones de La Plata dictó la resolución 18/98, a pedido de la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos La Plata, que declaró necesario el derecho de los familiares de las víctimas de abusos del Estado ocurridos en el último gobierno de facto (1976-1983) de conocer cuáles fueron las circunstancias de desaparición y, en su caso, el destino final de sus restos.

No iban a tener consecuencias penales pero iban a permitir que se conociera lo ocurrido, algo que en esos años no era nada menor. En febrero de 1999, en la ciudad de La Plata y en pleno duelo por el fallecimiento de mi padre, brindé mi testimonio. Fue la primera vez que describí con todos los detalles los momentos más oscuros de esa parte de mi vida. Un testimonio no es lo mismo que una entrevista periódica: había que decir todo y así lo hice. Lloré y me abracé con los familiares, esperanzados de que en esos juicios pudieran aparecer algunas piezas más de los rompecabezas que aún intentan armar.

Recién en 2003 las leyes de impunidad fueron derogadas y en 2005 la Justicia las declaró inconstitucionales, lo cual habilitó a poder juzgar nuevamente a los genocidas. Así fue como en 2006 pude declarar en el emblemático juicio contra Etchecolatz. Y en septiembre de ese año, cuando una sentencia ejemplar estaba a punto de condenarlo a cadena perpetua, una nueva herida se abrió: desapareció Julio López, uno de los querellantes de la causa. A partir de ese momento comenzaron a llegarme amenazas a través de cartas intimidantes; así que me pusieron custodios y luego control telefónico y botón de pánico, que aún mantengo.

En el 2013 volví a dar mi testimonio en el proceso correspondiente al “Circuito Camps”, que terminó con la condena a veintitrés genocidas, mientras que otros no llegaron a ir a la cárcel porque fallecieron antes de conocerse las sentencias. Había pasado demasiado

tiempo para todos; incluso para los asesinos, que en su mayoría hoy pueden gozar de la prisión domiciliaria a causa de su edad avanzada y sus problemas de salud.

Sin embargo, cada nieta recuperado es el más claro ejemplo de que este pasado no quedó atrás. Los juicios que se han desarrollado, y por cuya continuidad aún bregamos, son el hoy. Los cuerpos ausentes de los chicos de la Noche de los Lápices, el silencio cómplice de los genocidas y evitar sus prisiones domiciliarias, es el ahora. Porque el pasado no vive en fechas estancas que nos trae el calendario, sino que vuelve todos los días cuando tomamos decisiones, elegimos, legislamos.

Hoy, mientras espero el momento de tener en mis manos este libro, todavía siguen en pie las causas penales por los centros clandestinos “Pozo de Banfield”, adonde llevaron a los chicos de la Noche de los Lápices que continúan desaparecidos, y “Pozo de Quilmes”, donde yo estuve. Fueron unificadas para volver a juzgar a sus responsables, muchos de los cuales ya fueron condenados en 2013. Pero otra vez el tiempo nos juega en contra. El juicio ya estaba a punto de empezar en el Tribunal Oral Federal N° 2 de San Martín, subrogante en esta causa. Otra vez estaba lista para ir a dar mi testimonio, pero todo quedó suspendido por la pandemia del COVID-19 y la cuarentena, así que otra vez a esperar...

Soy parte de esas memorias, de esos silencios, de esos olvidos, de esas presencias y voces que permiten reconstruir año a año ese pasado en los distintos

presentes. Muchas veces relaté minuciosamente los hechos vividos en distintos juicios ante abogados, fiscales o jueces. Muchas otras veces lo narré en entrevistas, charlas, presentaciones; en escuelas, radios, encuentros... Tengo la sensación de que hablé mucho a lo largo de mi vida. Contesté preguntas absurdas, banales, inquisidoras, dolorosas, y también algunas tan profundas que me llevaron a lugares que no hubiera querido transitar. A veces me escucho a mí misma en declaraciones de distintas épocas y siento que ya se sabe demasiado sobre esa historia y que, por lo tanto, no es necesario que se hable más.

Cada año, en cada conmemoración de la Noche de los Lápices, sigo tomando conciencia de todo lo que todavía falta contar, que también es demasiado. Entre estos demasiados sentí la necesidad de dejar en palabras escritas cosas que nunca había podido decir: esas que quizás no sirven para una entrevista breve ni para 140 o 280 caracteres; esas que tenía guardadas y que fueron mi andamiaje, mi sostén, mis sombras, mis grises, mis miedos y mis pequeños actos heroicos. Reflexiones profundas, viscerales, que no siempre se pueden decir de un tirón ante un micrófono o ante un auditorio y que permiten entender quién soy.

Así surgió este libro. Seguro que no voy a llegar a decirlo todo, pero ya es algo.

EMILCE GRACIELA MOLER
Buenos Aires, otoño de 2020

—¿Hablo con Emilce Moler?

—Sí.

—Buenas tardes, mi nombre es Mariana, trabajo en la agencia Infojus. Queremos producir un video por los treinta y nueve años de la Noche de los Lápices que tenga algo que ver con el tema de la justicia.

—Bueno, en realidad va a tener que ser sobre la ausencia de la justicia.

—Sí, sí, claro, pero algo que tenga que ver con el sistema judicial ausente en esos años. ¿Se te ocurre algún tema en especial que quieras abordar?

—Sí, sé lo que quiero mostrar.

Apretaba la punta de la lapicera Sheaffer 303 con cartucho de tinta azul sobre la hoja del cuaderno forrado con papel araña, justo arriba del primer renglón. Era una presión controlada: ni muy fuerte ni muy débil; le temía tanto al manchón como al sonido de raspar el papel. Dibujaba con cuidado cada letra. Marcaba con esmero el punto en la “i” y hacía firuletes en la “t”. Con las letras “f” y “g” tenía

que tener mucho cuidado de no llegar al renglón de abajo: debían estar justo en la mitad y todas iguales. Si borraba siempre se notaba, aunque usara la goma azul para tinta y le pasara la uña para aplanar el papel.

Ponía más empeño en la forma de las letras que en el contenido de lo que escribía. La letra “D” mayúscula que encabezaba la fecha del día se llevaba todos los esfuerzos de las vueltas y lazos, y en el mismo renglón, emulando a los actuales emoticones, dibujaba un sol, una nube o gotitas de lluvia de acuerdo al *Weather Channel* improvisado ante la pregunta de la maestra: ¿Cómo está hoy el día?

Llegaba el título, que empezaba con mayúscula, y luego, con ayuda de la regla de madera o de plástico (mejor si era transparente), lo subrayaba cuidadosamente. Luego empezaba la tarea, pero yo ya había perdido cierto interés; la letra comenzaba a deformarse, hasta llegar al final de la hoja con algo ininteligible para la corrección y con la muñeca cansada. Había dejado todo en el arranque: el verdadero placer era el ritual de empezar una hoja en el cuaderno, disfrutar del olor de la tinta y del papel nuevo. El resto no tenía la misma gracia.

Nunca fue lo mismo con las biromes, pero mantuve ciertas reminiscencias del ritual en las hojas de carpeta Rivadavia. Cuando ponía un *block* nuevo en la carpeta de anillos, me dedicaba a ponerle el nombre a las hojas en el margen izquierdo, cuidando la forma de las letras mayúsculas. Ganaba tiempo para cuando debía entregar las hojas con las tareas

en clase, un ritual similar a las penitencias anticipadas del confesionario.

Quizás pensaba en todas estas cosas cuando agarré el cuaderno Laprida de tapas duras color rojo, sin forro, y lo olí. Brotaron los rituales escolares, el pupitre de fórmica, la cartuchera y la tentación de empezar a escribir. Más que nunca cuidé las formas por sobre el contenido de las palabras, abstrayéndome de la realidad e interesada solo en el firulete de las letras. Con la única birome que tenía y añorando los lápices de colores, el papel secante, la goma de borrar y el sol, comencé a hacer una especie de carátula, poniendo los rulos y lazos en las letras mayúsculas:



Emilce Moler
Pabellón 32
Villa Devoto
Febrero de 1977

El 20 de abril de 1978, además de ser el cumpleaños de mi mamá, me dejaron salir de la cárcel de Villa Devoto. A la misma celadora que me había ingresado, que vio cómo lloraba cuando me leían los cargos fraudulentos, le tocó prepararme para salir. Era morocha, el pelo recogido como todo el personal penitenciario. Nunca dijo ninguna palabra de más, solo se limitaba a hacer su trabajo y eso era un alivio.

–¿Viste? Ya te vas –me dijo cuando me entregó mis pocas pertenencias. Sonaba a cuando una enfermera te da una inyección y después te dice: “No dolió tanto, ¿no?”. Pero yo tenía ganas de gritar que sí, que me dolió y mucho; que se me partió la vida en múltiples pedazos imposibles de juntar, que era una vieja de casi veinte años que no tenía ni ganas de salir, que lloré toda la noche y que no sabía qué cuernos iba a hacer afuera. Un afuera que me asustaba, que no me tentaba recorrerlo, que no lo quería, que iba a extrañar a mis compañeras, que no me iba a encontrar con nada conocido, que todo lo que tenía ya no estaba más. Pero solo atiné a decirle:

–¿Me puedo llevar el cuaderno, por favor?

Y sin que nadie la viera, lo metió en la bolsa con una camisa y un pulóver que me habían dejado mis padres por si algún día me iba de ahí.

–¿Y qué escribías en este cuaderno? –preguntaba la periodista de Infojus, micrófono en mano y la cámara apuntando a la carátula.

–Todo lo que podía: letras de canciones, dibujos sombreados con lápiz negro, transcripciones de párrafos de cartas, poesías, recetas de cocina, palabras de cariño, síntesis de algún libro leído... –le relataba mientras hojeaba el cuaderno, desgranando cada recuerdo y consciente de que no podía transmitir todo lo que significaba cada página en esos pocos minutos de filmación.

Me impactó verlo por YouTube, en el video de Infojus. El cuaderno rojo, trofeo de resistencia, sobreviviente de las requisas, testigo de mi estadía en la cárcel, mi conexión con la escuela, mi espacio de libertad.



ÍNDICE

PRÓLOGO	9
INTRODUCCIÓN	13
1 ¿Peronistas? ¿Kirchneristas? No hay más... ..	21
2 La cal	31
3 Yo pude ser uno de ellos	35
4 Las obleas no eran galletitas	43
5 Vidrios rotos	47
6 El adiós a la bikini	49
7 Para Horacio, de Melody	55
8 Polenta con remolacha	61
9 Ese instante	67
10 Un buen consejo	71
11 El pañuelo	93
12 Humpty Dumpty	97
13 El cuaderno	103
14 Dejé de ir	109
15 Feliz cumpleaños	115
16 La madriñuela del tapadito bordó	123
17 Chicas buenas	133
18 La casa de diagonal 80: botines y Pinolux	135

19	Tragedias griegas	147
20	Leche chocolatada	157
21	Esa noche: riñoncitos, aljibe y gamulán	161
22	Tengo que apurarme a escribir	171
23	Muñecos de plastilina	185
24	No me acuerdo	189
25	Emilce Moler y yo	201
26	La siesta	213
27	Palotes	219
28	Cubo mágico	223
AGRADECIMIENTOS		231



¿Disfrutaste el libro que comenzaste a leer?

Podés adquirirlo aquí,
en www.editorialmarea.com.ar
y en cientos de librerías.

Gracias por apoyar con tu lectura y
recomendaciones este proyecto editorial.

